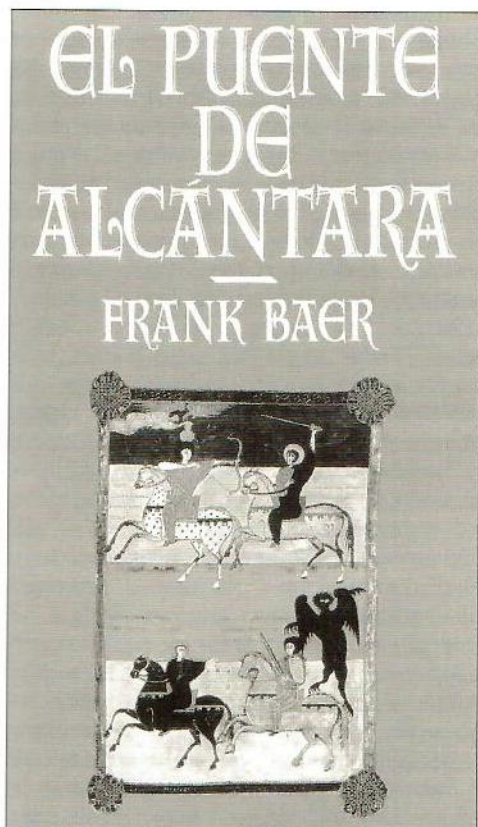


«EL PUENTE DE ALCÁNTARA»: UN ESPEJISMO LLAMADO MURCIA

José Emilio Iniesta González



El escritor alemán Frank Baer es autor de una novela, *El Puente de Alcántara*, bastante apreciada por los amantes del relato histórico. A pesar de su extensión (721 páginas), el final un tanto frío y desangelado y la discutible traducción de José A. Alemany, la novela se lee de un tirón sin que el interés decaiga en ningún momento. Ambientada en ese apasionante país mestizo que fue la España medieval, tres son los personajes principales: un cristiano nacido al oeste de Salamanca, una hermosa judía sevillana, y un poeta y aventurero musulmán, Ibn Ammar, ¡que con el tiempo llegaría a ser

Emir de Murcia! Los tres se verán envueltos en mil dramáticas peripecias a causa de las vicisitudes de aquellos tiempos (siglo XI). De estos personajes, el rigurosamente histórico es «nuestro» Ibn Ammar, héroe de algunas de las páginas más intensas de la novela, y el que más debe interesarnos a nosotros los murcianos, sobre todo si tenemos en cuenta que una parte considerable del relato tiene lugar en nuestra región: la medina islámica de Múrsiya (su Mezquita, sus bulliciosas calles, su Alcázar, sus zocos y murallas), la huerta y los jardines, las almunias de recreo de la sierra (entre La Alberca y Los Garres), así como la comarca del Guadalentín y la importantísima fortaleza de Aledo, escenario incomparable de amores, traiciones, luchas, crímenes e intrigas de todo tipo.

Los historiadores han adjudicado a Ibn Ammar el ingrato papel de villano, de malo malísimo, a la hora de juzgar sus relaciones con el brillante rey-poeta de Sevilla, Al-Mótamid. Nuestro «casi paisano» Ibn Ammar (Abû Bakr Muhámmad Ibn Ammar) nació en realidad en *Shilb*, hoy Silves, en el Algarve portugués. Desde muy joven se ganó la vida como poeta, escribiendo panegíricos dedicados a los poderosos, oficio para el que demostró un gran talento. El príncipe sevillano Al-Mótamid, también poeta, no tardó en apreciar las dotes literarias de Ibn Ammar, que además era inteligente, simpático, adulator, y tal vez el mejor jugador de ajedrez de Al-Ándalus, cosa muy apreciada en aquellos tiempos. Las orgías y borracheras que ambos protagonizaron llegaron a escandalizar a muchos andalusíes de entonces (quienes, por cierto, difícilmente se escandalizaban, dadas las relajadas costumbres de la época). Algunos han insinuado que ambos pudieron ser amantes. Parece ser que a Ibn Ammar, de costumbres promiscuas y gran

bebedor, le gustaban los efebos y los muchachitos imberbes más que las hembras. El príncipe tenía unas borracheras agresivas, y aunque también bisexual, prefería las mujeres, sobre todo las ardientes y opulentas. La pasión que Al-Mótamid sintió por una hermosa esclava llamada Rumaykiya, a quien hizo su esposa, desató los celos de Ibn Ammar.

Cuando en el 1070 Al-Mótamid se coronó rey de Sevilla, a la muerte de su padre, el intrigante y astuto Ibn Ammar ocupó el cargo de visir o primer ministro. La gran obsesión de Ibn Ammar no era otra que la conquista de Murcia. Y es que el ambicioso visir ansiaba tener un reino propio en que poder coronarse como sultán, y quizás desde el que iniciar la expansión territorial hacia Valencia y Granada. Pero la taifa murciana estaba gobernada por el sabio y prudente Ibn Táhir, quien opuso tenaz resistencia. En una primera embestida, Ibn Ammar fracasó por culpa de los mercenarios catalanes que él mismo había contratado, ¡y la aventura estuvo a punto de costarle la vida a un hijo de Al-Mótamid! Pero Ibn Ammar era terco, y la segunda vez tuvo éxito. He aquí a Ibn Ammar convertido en Sultán de Murcia y borracho de soberbia aún más que de vino. Sin duda el espejismo de Murcia lo había cegado. El nuevo sultán de esta tierra pronto comienza a amenazar a otros reyes, se muestra jactancioso, encarcela o destierra a sus enemigos... lo que le valió las críticas de Al-Mótamid en un irónico poema, al que el deslenguado Ibn Ammar respondió, «presuntamente», a través de una casida francamente grosera e insultante: *Elegiste de entre las hijas de los viles, a Rumaykiya, que no vale un adarme; trajó al mundo sinvergüenzas de bajo origen, tanto por vía paterna como materna; son cortos de estatura, pero sus cuernos son largos. (...) Defendiste los pueblos pero violaste a las personas.*

Ibn Ammar acabó perdiendo el Reino de Murcia, traicionado por su lugarteniente, que hizo bueno así el irónico comentario de Alfonso VI, según el cual *todo esto es una*

historia de ladrones; el primer ladrón ha sido robado por otro, y éste por un tercero... Entonces, jugándose el todo por el todo, Ibn Ammar se puso al servicio del rey Abén-Hud de Zaragoza (antepasado de un célebre rey murciano del siglo XIII), y trató en su nombre de conquistar la fortaleza de Segura de la Sierra en un audaz golpe de mano. Ya saben, ¡la aventura es la aventura! Pero Ibn Ammar fracasa, es encarcelado, y entre rejas no tiene otra ocurrencia que escribir una casida en la que ironiza sobre su suerte: *He acabado en el zoco, donde airean el precio de mi cabeza en todo tipo de dineros. ¡Por Dios! No malgastaré el suyo quien junte el alto precio que vale.* Y poco más tarde le envió a su antiguo amigo Al-Mótamid un poema en petición de ayuda. *Tal vez Dios le haya arrebatado la hombría y la lealtad, pero no su talento poético,* dicen que dijo el propio Al-Mótamid con admiración al leer su misiva en verso. «Nuestro» Ibn Ammar fue enviado preso a Sevilla, donde al parecer Al-Mótamid pensó en perdonarlo, pero nuevas intrigas (o imprudencias) del aventurero de Silves, provocaron la ira del rey, quien lo mató personalmente a hachazos con un destrial de doble filo, regalo de Alfonso VI de Castilla.

Trágico destino el del homicida Al-Mótamid, ya que el reino de Murcia se le atragantó y acabó siendo su perdición, pues habiéndose apoderado de Aledo los hombres del Cid, los fracasados ataques de Al-Mótamid contra la rebelde Murcia islámica y contra una Aledo en manos cristianas, además de los avances de Alfonso VI de Castilla al conquistar Toledo, alarmaron a los musulmanes de Al-Ándalus y provocaron agitación entre los alfaquíes más integristas, quienes llamaron en su auxilio a los fanáticos almorávides. Los norteafricanos apresaron a Al-Mótamid y su familia, y los deportaron al poblado de Agmat, junto al desierto del Sahara. Allí, encadenado y sometido a toda suerte de humillaciones, el rey-poeta sevillano verá morir a toda su familia. ¡Al cabo se consumó la «maldición de Murcia»! Pero las trágicas carambolas

del destino no terminaron aquí. Alfonso VI, amigo y enemigo a la vez de Al-Mótamid e Ibn Ammar, recibió en su corte a Zaida, nuera del destronado rey de Sevilla (pues era viuda de Al-Fath Al-Ma'mûn, segundo hijo de Al-Mótamid). Convertida primero en amante del rey Alfonso, después se bautizó adoptando el nombre cristiano de Isabel. La «mora Zaida», que llegó a ser reina de Castilla tras su matrimonio con el monarca, le dio a éste su único hijo varón, el infante Don Sancho, muerto a manos de los almorávides en la terrible batalla de Uclés (1.108). El rey Alfonso murió de tristeza pocas semanas después.

Quiero señalar que Frank Baer hace de Ibn Ammar un héroe en su novela «murciana», saliendo con pasión en su defensa. ¡Ya era hora! Éste es, precisamente, un valor de la novela que se ha de destacar, porque puestos a hablar de usurpadores, Ibn Ammar conquistando Murcia no lo era más que Al-Mótamid apoderándose de Córdoba. Ibn Ammar era un advenedizo, de acuerdo, pero en su momento también lo fueron Almanzor o el abuelo de Al-Mótamid. Y debemos tener en cuenta que los alfaquíes de la época exageraron los vicios y la decadencia de los personajes de finales del Califato y las primeras Taifas, precisamente para justificar la invasión almorávide, caracterizada por su dureza: ejecuciones, destierros, rigor religioso, represión política, destrucción de los «afeeminados» palacios y alcázares andalusíes, etc. Un hombre como Ibn Ammar debía de estar adornado, como así sugiere el novelista, de bastantes cualidades: inteligencia, carisma personal, valentía, y un innegable talento literario. Era ambicioso, sí, es cierto, quizás demasiado ambicioso (aunque no más que otros personajes de la época), y eso fue lo que al final lo perdió. Frank Baer, que no cree en la homosexualidad de Ibn Ammar, niega que el poeta de Silves e improvisado reyezuelo de Murcia escribiera de veras el injurioso poema contra su viejo amigo Al-Mótamid, que terminó desencadenando la tragedia. Puede que el «dicho-

so» poemita fuera en realidad obra del emir de Valencia, quien además encargó a un espía judío que lo divulgara. Es posible.

Sin embargo, la novela de Frank Baer tiene, a mi juicio, un aspecto muy negativo, pues para justificar a Ibn Ammar el autor alemán denigra a la familia murciana de los Banú Táhir, gobernantes de Murcia antes de que el aventurero poeta los destronase en un arriesgado y a la vez hábil golpe de mano. Dudamos seriamente de que los Banú Táhir fueran esa manada de degenerados que Baer nos describe. Dueños de una considerable fortuna, los Banú Táhir fueron reconocidos (incluso por sus enemigos de entonces) como hombres sabios, brillantes literatos y honrados alfaquíes. Por desgracia demostraron ser muy torpes como políticos y sobre todo como militares, y acabaron perdiendo todas sus batallas. Es cierto que el maniqueísmo favorece el desarrollo de la intriga novelesca, pero le resta verdad histórica, lo que no deja de ser una lástima. Creo que si admirable fue Ibn Ammar (¡rompamos una lanza en su favor!), no menos lo fueron los Banú Táhir, algunos de cuyos miembros llegaron a enseñar en la Mezquita Aljama de Murcia, otorgando *ichazas* según las fuentes de la época, y elevando la cultura de la Taifa murciana a un nivel extraordinario. (La *ichaza* era una licencia para transmitir los conocimientos y saberes aprendidos.)

Algo debe quedar claro: el amor a la poesía (es decir, ¡a la belleza) marcó la vida de todos los personajes. Parece ser que Ibn Ammar fue maestro de literatura de Al-Mótamid, que se reveló un alumno aventajado. Cuenta una leyenda, además, que Al-Mótamid se enamoró de Rumaykiya oyéndola recitar un poema: paseando junto al Guadalquivir. Al-Mótamid había improvisado un hemistiquio, *Labra el viento en estas aguas una fina cota de malla...*, que Ibn Ammar no supo completar, algo que sí consiguió en cambio una esclava que lavaba allí la ropa, la hermosa Rumaykiya: *Si se helase, ¡qué*

defensa en la batalla! Dos hijos del rey de Sevilla fueron excelentes poetas, Yazîd Al-Radi y la princesita Buthayna, afanados ambos en seguir la tradición familiar.

Ibn Ammar no compuso poemas eróticos, y no exaltó en sus versos, por lo tanto, ni el amor heterosexual ni el homosexual. Ibn Ammar, «murciano de Shilb», imitó al célebre poeta iraquí Al-Mutanabbi, elogiando a los reyes, los poderosos y los grandes guerreros, y también, por supuesto, alabándose a sí mismo. *Yo soy Ibn Ammar, y todos, absolutamente todos me conocen, y si alguno no sabe de mí, es porque ignora la existencia del sol y de la luna.* Aunque la gallardía y desvergüenza de estos versos nos causen perplejidad, también nos debe maravillar el talento literario de un hombre que creaba imágenes como éstas: *La aurora nos regalaba ya su aroma después de que la noche hubiese apartado de nosotros su oscuro ámbar. Las flores revestían al jardín, que así embellecido, semejaba estar recamado de perlas. (...) El céfiro rizaba la superficie del río, que parecía la espada de Ibn Abbâd, el que capitanea ejércitos siempre victoriosos.* Ibn Abbâd era el sobrenombre (o *lâqab*) de la dinastía a la que pertenecía Al-Mótamid. Estos versos están en realidad dirigidos al padre de éste, el colérico Al-Mu'taddid. Hay algo que por desgracia no puede traducirse, y son los efectos rítmicos y sonoros de estos versos y sus curiosos juegos de palabras. Que un poeta halague a los poderosos puede hoy parecernos una actitud servil y poco honrosa, pero hay que reconocer que Ibn Ammar lo hacía mejor que nadie: *Si tú encontraste la brisa de mi alabanza embriagadora, a mí el viento de tu generosidad me pareció mucho más perfumado.* Los asombrosos poemas de Ibn Ammar y Al-Mótamid resonaron alguna vez en palacios bellísimos, propios de las Mil y Una Noches (como el sevillano Alcázar de las Barandas), que por desgracia fueron destruidos por los almorávides, y de los que hoy, en el mejor de los casos, apenas si queda la memoria.

Me pregunto a veces... ¿qué imágenes de vértigo asaltaron la mente de Ibn Ammar una milésima de segundo antes que el hacha reventase su cabeza? ¿Pudo, entre el horror y el asombro, pensar en ese Reino de Murcia, espejismo causante de su desgracia? En cuanto al también desventurado Al-Mótamid... Es seguro que durante su destierro en Agmat tendría tiempo de reflexionar sobre los errores cometidos en Murcia y Aledo. Quizás pensara que Murcia no fue más que un espejismo. Acaso le asaltara el fantasma sanguinolento de Ibn Ammar, presente día y noche en sus pensamientos, emergiendo siempre de una pesadilla sin final, en la que el insomnio o la duermaveva le hacían soñar despierto. Francamente no sé cuál de los dos poetas merece más nuestra lástima. Dedicuemos al rey-poeta de Sevilla y al aventurero Ibn Ammar las compasivas palabras que los árabes suelen murmurar en estas ocasiones: *Râhima-humâ Al'lâh.* ¡Dios los haya perdonado!

BIBLIOGRAFÍA

- Abd Al'lâh. *Memorias (el siglo XI en primera persona)*. Alianza Editorial. Madrid, 1980.
- Arie, R.: *La España musulmana*. Colec. Historia de España, tomo III. Edit. Labor. Barcelona, 1984.
- Baer, F.: *El puente de Alcántara*. Edhasa. Barcelona, 1995.
- Gaspar Remiro, M.: *Historia de Murcia Musulmana*. Academia Alfonso X El Sabio. Murcia, 1980.
- Ibn Bassâm: *al-Dhajîra*. ed. I. Abbâs. Beirut, 1975.
- Rubiera Mata, M.^a J.: *Poesías de Al-Mótamid ibn Abbâd*. Clásicos hispano-árabes n.º 3.- Madrid, 1987.
- Saïd el-Maghrebi.: *Kitâb rayyât al-mubarrizîn*. Edit. «Al-ahrâm al-tiyariya». El Cairo, 1973.
- Sánchez Ratia, J.: *Treinta poemas árabes en su contexto*. Poesía Hiperión. Madrid, 1998.
- Veglison, J.: *La poesía árabe clásica (antología)*. Hiperión. Madrid, 1997.
- Vernet, J.: *Literatura árabe*. Ed. Labor. Barcelona, 1972.
- Watt, M.: *Historia de la España islámica*. Alianza Editorial. Madrid, 1981.